

Francisco Romero

El legado de
Julie Newman

Baobab Teatro

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidas la reprografía y tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella, mediante alquiler o préstamo públicos.

© 2009 Francisco Romero

Baobab Ediciones

San Francisco, 67. 13270 ALMAGRO

Tfno: 629915273

www.ebaobab.com

pacoromero@ebaobab.com

Obra galardonada con el Premio Hogar Sur de Teatro de Comedias 1999, concedido por la Fundación Muñoz Seca de El Puerto de Santa María.

El escenario refleja el interior del salón de una casa de clase media en la actualidad. Toda la obra transcurre en ese lugar donde cada uno de los miembros de la familia tiene su ubicación, con la excepción del hijo, que aún no ha encontrado su posición. Abundan los objetos inútiles, muchos adornos de infinidad de estilos aleatoriamente ordenados en torno al sofá, la máquina de coser y la televisión.

Personajes

ALBERTO: El cabeza de familia.

LUISA: Esposa de Alberto.

AURELIA: Madre de Alberto.

JAVIER: El hijo del matrimonio.

WASHINGTON PÉREZ: Albacea testamentario de Julie Newman.

JANE: La amante de Washington Pérez.

PRIMERA ESCENA

Alberto lee el periódico sentado en su sillón. Luisa está cosiendo mientras escucha una pequeña radio que tiene encima de la máquina de coser. Entre ellos no se prestan atención.

LOCUTOR. Vamos a continuar en nuestro programa «Hechos Cotidianos» con una espeluznante historia pasional acaecida en nuestra ciudad y que nos ha llenado de estupor. Una entrañable anciana de setenta y cinco años envenena a su nuera diabética tras cambiarle la insulina por amoniaco. Posteriormente se suicida al no aceptar su hijo el plan de fugarse juntos e iniciar una nueva vida...

Mientras se escucha la radio, entra Aurelia con una botella de mistela y un vaso. Se sienta, llena el vaso y comienza a barajar las cartas que hay sobre la mesa.

LOCUTOR. Antes de contarles este apasionante caso con todo detalle, les dejamos con un mensaje de nuestro patrocinador.

Comienza a sonar música y se escucha una voz de mujer.

LOCUTORA. Usted, que siempre busca lo mejor para su familia, no se conforme con cualquier ataúd, elija el auténtico New Relax. El único diseñado con tecnología digital que permitirá un mejor descanso a sus seres más queridos. New Relax, paz para el cuerpo y el alma.

AURELIA. (A Luisa.) ¡Apaga la radio!

LUISA. ¿Por qué?

AURELIA. Porque me da la jaqueca y el humor se me avinagra cuando me duele la cabeza.

LUISA. Nunca la he conocido sin avinagrar.

AURELIA. Te he dicho que apagues la radio, que como la coja yo va a ir por la ventana.

LUISA. (Apaga la radio.) ¿Y la mistela no le da jaqueca?

AURELIA. Nunca, precisamente es lo único que

me alivia de los continuos disgustos que me dais.

LUISA. Claro, ahora la recetan los médicos y la paga la Seguridad Social. La mistela es mejor que la aspirina.

AURELIA. Pues sí, y deja de molestarme que tengo cosas más importantes que hacer.

LUISA. ¡Qué yo la molesto! (A Alberto.) ¡Tú, no tienes nada que decir!

ALBERTO. ¿Yo? ¿De qué?

LUISA. De nada, cariño, de nada. Tú sigue pendiente del fútbol que eso sí es importante.

ALBERTO. ¿Acaso me meto yo con los programas que escuchas en la radio?

LUISA. No, tú nunca te metes con nadie ni te enteras de nada de lo que pasa en esta casa.

ALBERTO. Os juro que a veces no sé qué queréis de mí.

AURELIA. Yo quiero que me compres otra baraja. Con esta ya no me salen los solitarios y es imposible de barajar en condiciones. Las cartas se pegan de lo gastadas que están.

ALBERTO. Cogeré otra del banco cuando vaya a llevar la baja por la hernia.

AURELIA. Sabes que no me gustan. Me molesta la propaganda que llevan. Me distraen y no me puedo concentrar en el juego.

LUISA. Digo yo que todas las barajas serán iguales.

AURELIA. (Con desprecio.) ¡Qué sabrás tú de las cartas!

LUISA. Es cierto que no sé nada. Yo no me he pasado la vida jugando junto a una botella y soñando con la llegada de un golpe de suerte. Yo he tenido que trabajar para salir adelante.

AURELIA. ¿Y a lo que haces le llamas trabajar?

LUISA. Sí señora, yo me gano la vida dignamente

con mi costura y, por si fuera poco, llevo todo el peso de esta casa en solitario. Nadie me ayuda y ya me estoy hartando.

AURELIA. No me hagas reír, te quejas por cuatro míseras cosillas que haces. Si hubieras vivido en mis tiempos habrías sabido lo que era trabajar.

LUISA. Ya salió otra vez el disco rallado. En sus tiempos esto, en sus tiempos lo otro. Si hizo tantas cosas en sus tiempos, no me explico por qué se ha convertido en una vieja jugadora alcohólica.

AURELIA. Desde luego no sé lo que mi Alberto pudo ver en una mujer tan empercudía cuando se casó. Con la de pretendientas tan majas que tenía e irse a casar con esta mastuerza.

LUISA. Quizás lo hizo porque encontró a una mujer que era mucho mejor que la pécora de su madre.

AURELIA. ¡Vaya! Una desgraciada que se deja preñar por el primer imbécil que pasa a su lado se considera una gran mujer.

LUISA. Por entonces no era tan imbécil como ahora.

AURELIA. Tú le volviste idiota.

ALBERTO. ¡Basta ya! ¿Es que nunca vais a dejar de insultaros? Digo yo que no será tan difícil vivir con un poco de paz.

AURELIA. Estaremos mucho más tranquilos cuando tú dejes de ser un calzonazos y hagas valer quién manda en esta casa.

ALBERTO. Mamá, te he dicho muchas veces que aquí todos somos iguales y los problemas no se solucionan por la fuerza, sino con diálogo y un poco de buena voluntad.

AURELIA. ¡Qué soy igual que esa pelandusca! No sé cómo puedes tener la desfachatez de insultar a tu madre.

LUISA. Un día me voy a cansar y la voy a armar muy gorda, Alberto, porque ya estoy harta de que esta bruja te tenga dominado.

AURELIA. ¡Bruja lo serás tú, lagarta! (A Alberto.) Tu mujer es peor que una víbora.

LUISA. (A Alberto.) ¡Te das cuenta! Veinte años esperando que me respete por lo que soy, pero siempre me ha odiado por haberle robado al cenutrio de su querido hijo.

AURELIA. A los ladrones no se les respeta, se les encierra en la cárcel hasta que se pudran.

ALBERTO. ¡Silencio! Así no arreglaremos nada.

AURELIA. Si tu padre levantara la cabeza. Él sabría imponer el orden... Qué gran carácter tenía mi Aquilino y lo bien que nos llevábamos en nuestro matrimonio. No como otros.

LUISA. Supongo que fue debido a tanta felicidad por lo que aprovechó la primera ocasión que tuvo para tirarse de cabeza a un pozo.

AURELIA. ¡Mientes! Todo el mundo sabe que fue un desgraciado accidente. Él nunca hubiera hecho eso. Mi Aquilino no era de los que se rajan.

LUISA. Pues debe ser el único accidentado que ha dejado escrita una carta al juez diciendo que no aguantaba más.

AURELIA. ¡Alberto, haz callar a esa arpía o me dará otro arrechucho al corazón!

LUISA. Arpía lo será usted, querida suegra, que ya estoy muy harta de sus soponcios inventados.

AURELIA. No, si no pararás hasta que me mates.

LUISA. Usted es la que nos va a matar a todos con sus majaderías. (Se vuelve hacia Alberto.) Vamos, di tú algo de lo que hemos hablado cuando ella no estaba delante. Ten valor por una vez y reconoce que esto no puede seguir así.

ALBERTO. ¿Yo?...

AURELIA. Hijo mío, no me dirás que me insultas a mi espalda, que desprecias a quien te trajo al mundo y se sacrificó para que llegaras a ser alguien.

ALBERTO. No, nunca te he insultado, pero será mejor cambiar de tema o la volveremos a liar como

siempre.

AURELIA. Pues dile a esa chismosa que no se meta con una indefensa anciana.

LUISA. Sí, tan indefensa como un escorpión y con un hijo que es un miedica que se ha inventado una hernia para no tener que ir a trabajar.

ALBERTO. Pero Luisa, no sé cómo puedes pensar eso.

AURELIA. Hijo mío, no le hagas caso a esa bicha y siéntate a descansar. No son buenos los sofocones para tu espalda. Con la de veces que te avisé. Te dije que esta mujer te iba a dar muchos disgustos. Ni siquiera te trae una bolsa de agua caliente para que no sufras.

LUISA. En la cabeza es donde tiene la hernia, pero esa no se le cura con agua caliente, sino con un buen garrotazo para que se entere de quién le emponzoña la sangre.

ALBERTO. Los dolores no me los invento y cada

día son más fuertes.

AURELIA. Claro que son ciertos, hijo mío. Lo raro es que hayas aguantado tanto al lado de esta fulana sin volverte loco.

LUISA. Esta fulana ya no aguanta más si no se la respeta... (Se va.)

ALBERTO. ¡Pero Luisa! ¿Dónde vas? ¿No iras a hacer una tontería? (Sale tras ella.)

AURELIA. (Sigue haciendo el solitario.) Jesús bendito, qué difícil es que la dejen a una tranquila.

Se apaga la luz.

SEGUNDA ESCENA

Antes de que se ilumine el salón comienza a escucharse la voz de un locutor de radio.

LOCUTOR. Continuamos en nuestro programa con una noticia de gran repercusión social. Debido a la persistencia de la huelga de futbolistas, y ante la imposibilidad de encontrar un acuerdo diplomático, se ha reunido con carácter de urgencia el consejo de seguridad de la ONU. Por ahora, se ha descartado la propuesta de un bombardeo selectivo de los campos de fútbol, pero se estudia la posibilidad de que las tropas de pacificación al mando del almirante Johnson ocupen los estadios y formen equipos para continuar los campeonatos con normalidad. Varios países se han opuesto a esta medida al considerar que los marines norteamericanos dejan mucho que desear como futbolistas y eso adulteraría la liga.

Alberto está leyendo el periódico en el sillón. Entra Javier y se acerca despacio a su padre.

JAVIER. Supongo que no debe haber nadie más informado de todo lo que ocurre en el mundo.

ALBERTO. No sabía que eso fuera malo.

JAVIER. No es que sea malo, pero debe ser muy aburrido pasarse toda la vida entre el periódico, la radio y la televisión. Imagino que en algún momento de tu juventud debiste hacer cosas más entretenidas, aunque puede que sea mucho imaginar.

ALBERTO. No es asunto tuyo lo que yo hiciera de joven, y supongo que no habrás venido a hablarme de eso.

JAVIER. Sí y no... Verás, últimamente la vida de estudiante se está poniendo muy cara y es imposible mantener un status digno con el salario de postguerra que se asigna en esta familia.

ALBERTO. Mis padres nunca me dieron dinero para caprichos.

JAVIER. Y así te ha ido. Imagino que no querrás que tu hijo crezca con los mismos traumas que tú.

ALBERTO. ¡Yo no tengo ningún trauma!

JAVIER. Entonces debe ser terrible llevar una vida

tan deprimente sin tener complejos.

ALBERTO. Mi vida es tal y como yo he querido que sea.

Entra Luisa, lleva una bata de flores en sus manos.

LUISA. Alberto, pruébate la bata que le estoy haciendo a doña Fulgencia. Tengo que ver la caída y cogerle el bajo.

ALBERTO. ¿Por qué yo?

LUISA. Porque eres de su misma talla y no te cuesta ningún trabajo. Al menos servirás para algo mientras estés de baja. Todo el día aquí encerrado sin hacer nada útil.

Alberto se levanta, se coloca la bata y Luisa se pone a ajustarle el bajo.

JAVIER. Así que esta es la vida que has elegido llevar.

ALBERTO. ¡Ya está bien de cachondearte de tu

padre!

LUISA. ¡No le hables así al chico!

ALBERTO. ¿Y él, puede faltarme al respeto cuando le dé la gana?

JAVIER. Lo siento, pero comprenderás que es muy difícil respetar a un padre que viste de flores.

ALBERTO. (A Luisa.) La culpa es tuya por consentirle todos los caprichos.

LUISA. No te muevas y déjame terminar. (Suena el timbre.)

JAVIER. ¿Salgo yo, o prefieres imponer tu autoridad?

ALBERTO. (Quitándose la bata.) Abre la puerta de una maldita vez.

JAVIER. Así me gusta, que lo pidas con educación. (Sale.)

ALBERTO. Al menos estas cosas las podríamos

hacer cuando el chico no estuviera delante.

LUISA. Como si yo tuviera tiempo para hacer las cosas cuando a los demás les dé la gana. Por cierto, tienes que ir al médico a que te receté más pastillas para tu hernia. Se están acabando.

ALBERTO. La espera es larga y me duele la espalda.

LUISA. Precisamente por eso vas al médico, para que te cure o te deje por inútil, como quiere tu madre.

Regresa Javier llevando un sobre en la mano.

ALBERTO. ¿Qué es eso?

JAVIER. Era el cartero y me ha dado esta carta que viene de América.

ALBERTO. (Extrañado.) ¿Quién me escribirá?

JAVIER. No es para ti...

Entra Aurelia sofocada.

AURELIA. Otra vez el ascensor estropeado, lo de

esta casa es una vergüenza, a este paso no voy a poder ir ni a misa.

LUISA. Dígaselo a su hijo que es el presidente de la comunidad.

ALBERTO. Ya he avisado y mañana vendrán a arreglarlo.

LUISA. Para que hagan la misma chapuza de la otra vez.

ALBERTO. Yo no entiendo de ascensores, o acaso también lo tengo que arreglar yo.

LUISA. ¿Cuándo has arreglado algo?

JAVIER. Os recuerdo que tenemos una carta pendiente.

AURELIA. ¿Qué carta?

JAVIER. Una que te mandan desde Estados Unidos.

AURELIA. ¿A mí?

JAVIER. En el sobre pone Aurelia Retamero Expósito, y supongo que esa eres tú.

ALBERTO. ¿Quién la remite?

JAVIER. (Leyendo el sobre.) The Smith, Bennet, Wilson and Pérez Lawyer Office.

ALBERTO. ¿Qué has dicho?

JAVIER. Me parece que es un bufete de abogados de Las Vegas.

AURELIA. ¡Jesús, María y José! ¿Qué quiere de mí esa gente? Yo no he hecho nada.

JAVIER. Lo sabremos cuando leamos la carta.

ALBERTO. Dame el sobre para que la lea yo.

JAVIER. ¿Acaso no te fías de mí? Si viene escrita en inglés no entenderás nada.

ALBERTO. Si es así, te pediré que la traduzcas.

JAVIER. Entonces puede que yo me invente la traducción.

LUISA. (A Alberto.) Deja que el chico la lea.

AURELIA. (A Javier.) Dale la carta a tu padre de una vez.

JAVIER. (Lanzando el sobre a su padre.) Ahí la tienes, toda para ti.

ALBERTO. (Abriendo el sobre.) ¿Ese es el respeto que te enseñan en la universidad?

JAVIER. No, es el que he aprendido en esta casa.

AURELIA. Vamos, lee la carta de una vez.

ALBERTO. Está escrita en castellano y parece importante por los sellos y firmas que lleva.

LUISA. ¿Por qué no te limitas a leerla y dejas que saquemos nuestras propias conclusiones?

AURELIA. ¡Ay Jesús bendito, qué nervios! ¿Por qué me escribirán a mí?

ALBERTO. (Leyendo.) Estimada señora Retamero: Como albacea testamentario de la gran actriz de Music

Hall, Julie Newman, me dirijo a usted para notificarle su fallecimiento, que ha llenado de inmenso dolor a todos los que la adorábamos por su inimitable arte. Supongo que no habrá manera de consolarla por la pena que sentirá, aunque puede que su congoja encuentre algo de alivio al saber que en el testamento aparece usted como su única heredera.

AURELIA. ¡Ay qué me da el patatús! ¡Qué se me ha muerto alguien y yo sin ponerme de luto! ¿No será del pueblo?

ALBERTO. No, madre, no es nadie de allí. Se trata de una artista que se llama Julie Newman. Supongo que debe tratarse de una confusión.

LUISA. Eso sospecho.

JAVIER. ¿Y cuánta pasta ha dejado la piba?

ALBERTO. Si me dejáis seguir leyendo, quizás pueda aclararlo.

AURELIA. Sigue, hijo mío, sigue.

ALBERTO. (Vuelve a leer.) Debido a lo complejo

que sería contar todos los pormenores del testamento por carta, y por ser necesaria su firma para que pueda formalizarse la última voluntad de la finada, le comunico que el próximo día veintiséis del corriente la visitaré en su domicilio para aclararle todos los detalles del testamento de la gran, y por todos amada, Julie Newman. Aquí termina la carta y la firma un tal Washington Pérez.

LUISA. No entiendo nada. ¿Qué tendrá que ver esta vieja cacatúa con una artista de cabaret?

AURELIA. Eso lo será la furcia de tu madre.

LUISA. Precisamente, mi madre política lo es.

AURELIA. ¡Ramera!

JAVIER. Pues yo supongo que deben ser muchas pelas, porque de lo contrario no se explica que este colega vaya a venir desde Las Vegas sólo para darle el pésame a la abuela.

AURELIA. ¿Y eso está muy largo?

JAVIER. En la parte de atrás del mapa.

AURELIA. Pobre hombre, hacerle venir desde tan lejos para nada.

LUISA. A ver si hay algo de suerte y se la lleva a la tumba con la Julie esa.

AURELIA. No, si no se va a callar la muy zorra.

ALBERTO. ¡Basta ya! Así no hay quien pueda pensar.

LUISA. ¿En qué? ¿Desde cuándo piensas tú?

AURELIA. (A Alberto.) No sé cómo permites que esa bicha te trate así.

JAVIER. Abuela, ¿tú no recuerdas a nadie de tu familia que se fuera a vivir a América? Eso nos podría arreglar la vida.

AURELIA. Toda mi familia era muy decente y nunca se hubieran ido a vivir tan largo.

ALBERTO. Haz un esfuerzo, madre, hay mucho dinero en juego y nuestro destino puede depender de ello.

LUISA. Lo dudo.

AURELIA. (Tras pensar un rato.) Por parte de mi madre todos están en el pueblo, aunque la mayoría ya descansa en paz en el cementerio. Por parte de mi padre eran muy brutos y todos trabajaban en el campo.

JAVIER. Estamos arreglados. Habrá otros que se lleven la pasta.

LUISA. Ya me extrañaba a mí que esta momia tuviera un pariente famoso.

AURELIA. ¡Y no rabiарás, mala pécora!

ALBERTO. Vamos, madre, intenta hacer un esfuerzo. Puede tratarse de alguien que no ves desde hace muchos años.

AURELIA. En todo caso, sólo quedaría mi primo Julito, al que no veo desde que éramos muy jóvenes. El pobre sufría mucho porque nadie de la familia comprendía su enorme sensibilidad.

ALBERTO. Puede que ese Julio se casara con una

americana millonaria y ella quiera recompensar a la familia de su marido.

AURELIA. Ni hablar, de eso podéis estar seguros.

JAVIER. ¿Por qué?

AURELIA. El pobre Julito nunca se hubiera casado con ninguna mujer, aunque fuera millonaria y americana.

ALBERTO. ¿Cómo puedes estar tan segura?

AURELIA. ¿Por qué creéis que se marchó del pueblo? Cuando mi tío Eusebio se enteró de que su hijo le tiraba los tejos al sobrino del cura, le dio tal somanta de palos que lo dejó baldao... Y con lo delicado y sensible que era Julito, a los ocho años ya cantaba mejor que la Piquer... Aún recuerdo las últimas palabras que me dijo antes de partir con su hatillo al hombro, porque a mí me quería mucho. Yo era la única que comprendía su desviación.

LUISA. ¿Qué dijo?

AURELIA. Esta tierra no es para mí, Aurelia, hay

mucho bruto y poco artista. Algún día, cuando yo sea un nuevo hombre, todos lamentarán el mal trato que me dieron, pero ya será demasiado tarde para que los perdone.

ALBERTO. Me temo que eso no nos sirve de mucho.

JAVIER. Un momento, sí que sirve. Lo que acaba de contar la abuela lo aclara todo.

ALBERTO. No te entiendo.

JAVIER. Está muy claro, el tío Julito se debió quitar lo que le sobraba en América y se convirtió en la cantante Julie Newman.

AURELIA. ¡Qué barbaridades dices! La de guarrerías que veis los jóvenes en la tele.

JAVIER. ¡Qué sí abuela! En inglés, Newman significa hombre nuevo, y en Estados Unidos la mayoría de los artistas son homosexuales, que allí eso es tan normal como aquí ser del Madrid, aunque también es cierto que no todos se operan.

LUISA. Yo creo que Javier va a tener razón, y puede que el primo Julito consiguiera su propósito.

AURELIA. (Llorando.) Mi pobre Julito. Mira que morirse tan joven, tan largo y tan cambiado... Tengo que ir a ver al padre Damián para que le haga una misa de funeral. Seguro que le haría mucha ilusión. Él fue monaguillo y no veáis lo bien que cantaba en el coro de la iglesia.

ALBERTO. En este momento hay cosas más importantes en las que pensar.

AURELIA. Llevas razón. Ahora que hacía un mes que me había quitado el luto por el tío Nicolás tengo que volver a sacar la ropa negra. Y a ver cómo le cuento yo a mi gente el cambio tan grande de Julito. En el pueblo nunca lo entenderán, allí son muy suyos.

JAVIER. Abuela, la palabra correcta es primitivos.

ALBERTO. Todo eso es secundario. Ahora tenemos que pensar en lo que vamos a hacer con su herencia y en cómo causarle buena impresión al americano que nos va a traer el dinero, no vaya a ser que

haya alguna cláusula en el testamento que le autorice a dejarnos sin blanca si no le gustamos.

AURELIA. Le haremos hermano de la virgen.

LUISA. No creo que sea la mejor forma de impresionarle. Esa gente tiene creencias muy raras. Pienso que si le regalamos un lote de productos típicos lo agradecerá más.

JAVIER. Con un poco de suerte se acabó la época de estudiante tercermundista. Ahora tendré mejores oportunidades para ligar que el resto de mis compañeros.

LUISA. Dirás mejores oportunidades para estudiar.

JAVIER. Eso es para los que no tienen dinero. Los millonarios se mueven en otro nivel.

ALBERTO. Lo primero es evitar que se enteren los conocidos. Si descubren la fortuna que vamos a heredar, se desatará su envidia y nos acosarán como buitres para que les demos un préstamo.

LUISA. Pues yo no pienso pasarme la vida ocul-

tándome, que a mí también me gusta vivir como una señora y lucir ropa cara. Y, por supuesto, lo primero es coger a una asistenta para que se haga cargo de las labores de la casa nueva.

ALBERTO. Yo no digo que no podamos vivir mejor, pero habrá que ir poco a poco, sin hacer demasiadas ostentaciones.

AURELIA. Me parece que estáis haciendo demasiados planes con mi dinero. No olvidéis que yo soy su única heredera y la que decidirá cómo emplear la fortuna.

LUISA. Pero recuerde que lleva muchos años viviendo a costa del trabajo de Alberto y mío.

AURELIA. Eso no es cierto, todo lo que tengo es mío.

LUISA. Tendrá cara dura.

JAVIER. Pues yo por ahora me conformo con una buena moto. A las chicas les gustan los hombres duros que llevan una moto grande entre las piernas.

LUISA. La moto puede esperar. Lo principal es que acabes la carrera y te hagas un hombre de provecho, como Dios manda.

JAVIER. ¿Dónde se ha visto a un millonario con carrera?

AURELIA. Lo primero que haré será encargarle un nuevo manto a la Virgen del Sagrario. Qué necesitada está la pobre de lucir un nuevo manto de encaje de blonda en las procesiones. Me gustaría ser la benefactora de la parroquia del pueblo. Ya estoy muy harta de que la viuda del coronel se lleve todos los méritos por sus limosnas.

LUISA. Eso, toda la herencia para hacerle un manto a la virgen y que la familia se muera de hambre. Y que luego digan que no había que encerrarla en el manicomio.

AURELIA. Aquí la única loca eres tú. Se trata de mi dinero y puedo disponer de él como me dé la gana, y te aseguro que no verás ni una peseta.

LUISA. Eso habrá que verlo.

AURELIA. Por mis muertos te juro que ni un céntimo será para ti, faltaría más. Si sabré yo lo que tengo que hacer cuando sea rica.

ALBERTO. Ya habrá tiempo para arreglar los pequeños detalles. Me ocuparé de organizarlo todo debidamente. No me gustaría que esta nueva situación alterara la paz de la familia.

JAVIER. ¿Qué paz? No sabía que aquí hubiera paz.

ALBERTO. ¡Ya está bien! No irás a estropearlo ahora.

LUISA. ¡Deja al chico tranquilo!

JAVIER. Por cierto, ¿qué día es hoy?

LUISA. Creo que es veinticinco.

Los cuatro se miran en silencio.

ALBERTO. ¡Dios mío! Eso significa que mañana viene el americano. Hemos de hacer algo inmediatamente.

AURELIA. Tengo que ir a la peluquería. No quiero que me vea con este aspecto de pordiosera. Julito nunca me lo perdonaría.

LUISA. Yo también me voy. Tengo que hacerle unos respuntes a mi vestido nuevo. (Salen las dos.)

ALBERTO. Ves hijo, cuando llega el momento de las decisiones importantes a las mujeres solo les importa su aspecto. Nosotros siempre nos tenemos que ocupar de los grandes momentos.

JAVIER. De eso mismo quería hablarte cuando vine, de decisiones importantes en los grandes momentos.

ALBERTO. ¿En serio?

JAVIER. Por supuesto. Verás, esta tarde he quedado con una chica que está como un tren y es de muy buena familia.

ALBERTO. ¿Y qué?

JAVIER. Supongo que no te gustaría perder la posibilidad de contar con una maravillosa nuera por una

absurda falta de liquidez. Pensaba pedirte dos mil pesetas, pero, como parece que vamos a ser ricos, me conformaré con mil duros para estar a la altura que requieren las circunstancias.

Alberto le mira muy serio antes de contestar.

ALBERTO. Tú tienes mucha cara.

JAVIER. Supongo que comprenderás que no puedo anular la cita por culpa de un fiambre.

ALBERTO. Ten un poco de respeto, que se trata del tío Julio.

JAVIER. No, se trata de tío Julie Newman. Y te recuerdo que estoy esperando una respuesta urgente.

Alberto saca la cartera y le da el dinero.

JAVIER. No te arrepentirás de esta decisión. Te lo devolveré cuando cobre mi parte de la herencia.

Salen y la luz se apaga.

TERCERA ESCENA

Se vuelve a escuchar la voz de un locutor con el escenario en penumbra.

LOCUTOR. Como diría el más reputado filósofo de mi pueblo, los tiempos cambian una barbaridad, y para comprobarlo escuchen la siguiente noticia: El Vaticano ha encargado a un prestigioso grupo de investigadores afines el estudio genético de los restos de los cincuenta últimos papas con el objetivo de encontrar el gen portador de la santidad. El cardenal Cacerolli, supervisor del proyecto Santo Gen, ha declarado que con esta iniciativa la Iglesia demuestra su interés en los avances científicos que tienen como objetivo engrandecer el alma humana y acercarla a Dios.

Cuando se ilumina el escenario, Aurelia está vestida de luto y rezando el rosario.

AURELIA. (Cantando.) Dios te salve María, llena eres de gracia, el señor es contigo, bendita tú eres, entre todas las mujeres, entre todas las mujeres y bendito es el fruto de tu vientre, Jesús. Santa, Santa María, madre de Dios, ruega por nosotros, por nosotros

pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte amén,
Jesús...

Entra Javier.

JAVIER. ¿Qué haces abuela?

AURELIA. Lo que teníamos que estar haciendo todos, rezar por la salvación del alma del tío Julito, que el pobre, con tantos trasiegos en su vida, seguro que se encuentra en el purgatorio.

JAVIER. Me conformo con que se salve su herencia.

AURELIA. ¡Qué juventud más descastada! Los padres de ahora no saben enseñar a sus hijos. Si hubieras dado con mi Aquilino, él sí que te hubiera educado bien en la fe...

JAVIER. ¿Qué fe?

AURELIA. La única y verdadera. Pero ahora no me interrumpas que ya he perdido la cuenta de los Avemarías que llevaba.

JAVIER. ¿Acaso importa el número?

AURELIA. ¡Niño, ten un respeto por nuestra Santa Madre Iglesia! Un rosario es un rosario y hay que rezarlo como Dios manda, de lo contrario pierde su valor.

Entran Luisa y Alberto, van discutiendo y Luisa lleva un collar en la mano.

ALBERTO. Vamos, date prisa que el abogado debe estar a punto de llegar y no estaremos preparados.

LUISA. Javi, abróchame tú el collar que tu padre es un inútil.

ALBERTO. Yo tengo cosas más importantes de las que preocuparme. He de estar muy concentrado para que todo salga bien.

LUISA. Entonces lo llevamos claro. Tú sólo eres capaz de concentrarte cuando insultas al árbitro delante de la televisión con una cerveza en una mano y la bandera de tu equipo en la otra.

ALBERTO. Con eso no perjudico a nadie.

AURELIA. Luisa, te he dicho muchas veces que no me gusta que te metas con las aficiones de mi hijo.

LUISA. Tiene toda la razón. Ya que es para lo único que pone algo de pasión en su vida, es justo que la conserve.

ALBERTO. No pretenderás insinuar algo con eso.

JAVIER. Está muy claro. Acaba de decir que distas mucho de ser el hombre de sus sueños, y me temo que eso es muy difícil que se arregle con el paso del tiempo.

ALBERTO. ¡Tú cállate!

JAVIER. Me callo.

Suena el timbre de la puerta.

ALBERTO. Rápido, sentaos todos. Voy a abrir la puerta y dejadme llevar la iniciativa de la conversación con el abogado. Es muy importante que él note que somos una familia unida. En el fondo son muy conservadores.

LUISA. Unidísima.

Alberto sale y los otros se miran en silencio. Están muy tensos.

AURELIA. (A Javier.) ¿Estoy bien así?

JAVIER. Muy bien.

LUISA. Seguro que el abogado piensa que también usted es cabaretera.

Regresa Alberto, va acompañado de Washington Pérez y de Jane. Jane tiene un cuerpo escultural, lleva ropa corta y muy ajustada y juega con una máquina de videojuegos.

ALBERTO. Es un gran honor para nosotros recibirles en nuestra modesta vivienda, y quisiera que conocieran a todos los miembros de la familia...

PÉREZ. (Con acento caribeño.) Como usted quiera.

ALBERTO. Esta gran mujer es mi santa madre, Aurelia Retamero Expósito, a quien iba dirigida la carta,

y se encuentra muy consternada por la terrible desgracia acaecida.

AURELIA. (Secándose las lágrimas con un pañuelo.) ¡Ay, Dios mío, qué pena más grande!

ALBERTO. Ésta es mi amada esposa, Luisa, y este joven es la alegría de la casa, nuestro hijo Javier.

PÉREZ. Encantado de conocerlos a todos. Yo soy Washington Pérez y ella es Jane, pero no se molesten en darle conversación, no entiende ni papa de su idioma, aunque tiene otras cualidades enormemente interesantes.

JAVIER. (Mirando fijamente a Jane mientras ella no deja de jugar con la máquina.) Eso es evidente.

LUISA. ¡Niño!

PÉREZ. (Besando la mano de Aurelia.) Lamento esta visita en tan penosas circunstancias, pero el deber que conlleva un acontecimiento tan luctuoso me obliga a realizar gestiones no siempre deseadas.

ALBERTO. Lo comprendemos perfectamente.

Pero no sigan de pie y siéntense.

PÉREZ. Sit down, Jane.

JANE. O.K. darling. (Se sienta en una silla y Javier se coloca cerca de ella. Alberto también la mira de reojo.)

PÉREZ. (Tras sentarse en un sillón.) El avión es agotador, quince horas de viaje con escala en New York y más de una hora acá arriba dando vueltas alrededor del aeropuerto debido al colapso del tráfico aéreo. Hasta la pobre Jane agotó el repertorio de juegos de la maquinita y tuve que comprarle recambio. El caos, esto es el caos.

AURELIA. (Llorando.) ¿Sufrió mucho?

PÉREZ. Lo que se dice sufrir, no, pero sí que uno se cansa de que le tomen el pelo las compañías aéreas.

ALBERTO. Me parece que mi madre lo decía por Julie.

PÉREZ. ¡Ah, claro, por Julie! Qué lamentable des-

piste el mío.

ALBERTO. No se preocupe.

PÉREZ. (A Aurelia.) En cuanto a Julie puede estar muy tranquila. Le aseguro que no sufrió nada. La mezcla de barbitúricos, drogas y alcohol que tomó hubiera tumbado a un elefante en menos de cinco minutos. Debió ser una muerte muy rápida y relajada.

AURELIA. (Alterada.) ¿Está diciendo que se suicidó?

PÉREZ. A lo bestia, hermana. En mi vida he visto un suicidio tan descomunal. Julie Newman nunca se andaba con rodeos y todas sus decisiones eran a lo grande. Sí señora, una mujer especial.

AURELIA. ¡Ave María Purísima, qué desgracia más grande! Así nunca podrá ir al cielo y el cura puede que se niegue a enterrarla en cristiano con el resto de la familia.

ALBERTO. (Cogiendo la mano de Aurelia.) Tranquilízate madre, hemos de ser fuertes en los momen-

tos trágicos para superarnos ante las desgracias.

PÉREZ. Sí señor, una gran frase, pero si les sirve de algo, les puedo asegurar que el cielo era lo último que le preocupaba a la difunta, aunque el fracaso de la última liposucción la tenía muy compungida.

LUISA. ¿Lipoqué?

PÉREZ. Liposucción, hermana, ya saben, quitarse los kilos que sobran mediante la absorción de las grasas superfluas. En su profesión una figura esbelta es muy importante... (Saca un pañuelo y se seca una lágrima.) Fue trágico cuando los médicos le dijeron que no podría volver a pisar el quirófano para hacerse más arreglos. Yo creo que fue el detonante que motivó su decisión. Debe ser muy duro para una mujer que se ha construido a sí misma asumir que se paralicen las obras sin haber culminado su gran creación.

AURELIA. (Llorando.) ¡Qué pena más grande! No quiero ni pensar lo que hubiera sufrido su pobre madre si se hubiera enterado de todo lo que padeció su criatura.

JANE. I'm bore darling. Let's go to the casino.

PÉREZ. Shut up and play, baby.

ALBERTO. ¿Qué dice la señorita?

PÉREZ. Se aburre si no le dan marcha y le gustaría ir al casino.

LUISA. Nosotros tenemos un bingo, si quieren podemos echar una partida, es muy divertido.

PÉREZ. Muy agradecido, pero nuestro interés por el juego es a nivel profesional, para divertirnos elegimos otras cosas.

JAVIER. (A Jane.) Can I play whit you?

JANE. O. K.

Javier se pega a Jane y juega a la máquina con ella.

LUISA. Niño, no te pegues tanto a la señorita.

JAVIER. Es que entonces no veo la pantalla.

PÉREZ. Déjelo que se pegue, a Jane le gusta mucho el contacto humano. En su trabajo eso es muy importante.

ALBERTO. ¿Se dedica a las relaciones públicas?

PÉREZ. Exactamente, las relaciones públicas son su especialidad. Jane hace striptease en un night club de Las Vegas y no vea cómo se contornea la chica. Si le contara su numerito especial...

LUISA. Mi marido prefiere no saberlo.

PÉREZ. Lo entiendo, se puede crear adicción y luego se echa de menos. (Mira a Aurelia que sigue llorando y se suena la nariz con un pañuelo.) Cómo sufre la pobre.

ALBERTO. Comprenda el disgusto de mi querida madre. Nuestra tradición religiosa es muy grande y, como usted podrá entender, no es fácil de asimilar un suicidio en una familia tan devota.

PÉREZ. Claro que lo entiendo, ya me lo avisó Julie muchas veces. Siempre me decía: «Mira Washintoncito

—ella siempre me llamaba así en tono amigable, era una mujer muy directa y cariñosa—, me gustaría que conocieras mi tierra porque allí son igual de brutos que los americanos, pero con boina y navaja en lugar de sombrero y pistolas».

AURELIA. ¡Qué pena tan grande! El pobre Julito nunca se hizo a nuestra manera de ser. Era tan tímido y delicado.

PÉREZ. Pues allá vivía como una reina. Le encantaba exhibirse y gozaba una barbaridad en las fiestas. Siempre tenía un party al que ir con la cohorte de admiradores a su lado. Les aseguro que sus boys eran cantidad de julandrones. La troupe de la Newman los llamaban.

LUISA. ¿Usted es americano?

PÉREZ. Sí, hermana. Yo he jurado la constitución de los Estados Unidos de América y gozo plenamente del american way of life, que es lo más grande que se puede ser en esta vida.

JAVIER. Así que es un inmigrante.

PÉREZ. De eso nada, chico, yo soy exiliado político. Tuve que huir de Cuba a causa de la dictadura, pero ya soy un americano de pleno derecho, incluso tuve el inmenso honor de votar en las últimas elecciones presidenciales. Qué emoción más grande sentí cuando introduje la papeleta en la urna, es como perder la virginidad.

JAVIER. ¿Y Washington es su auténtico nombre?

PÉREZ. Ahora sí, en Cuba yo me llamaba Fidel Ernesto Pérez Guevara, pero al jurar la constitución decidí adoptar el nombre del creador del país más libre del mundo.

ALBERTO. Y ahora, mister Pérez, si no es mucha molestia, nos gustaría conocer los detalles del testamento de nuestra querida tía.

PÉREZ. Por supuesto, ese es el principal motivo de mi viaje y no me gustaría mantenerles todo el tiempo ocupados con nuestra molesta presencia.

LUISA. Le aseguro que es un placer recibirlo en esta casa, últimamente nos visita muy poca gente in-

teresante con la que se pueda conversar.

PÉREZ. Muy agradecido. Yo pienso que la conversación es un auténtico arte, pero ahora ha llegado el momento de entrar en materia. (Abre la cartera y saca unos papeles.)

JANE. Daddy, I need you.

PÉREZ. You play whit the boy. Discúlpenla, Jane es una fiel representante de la gloriosa civilización yankee: joven, frondosa y con enormes posibilidades. Lástima que tiendan a joderlo todo cuando abren la boca.

ALBERTO. Está disculpada.

PÉREZ. Sin embargo, su lengua es primorosa.

JAVIER. ¿Qué hace con la lengua?

LUISA. Eso a ti no te importa. (A Pérez.) Puede continuar cuando lo desee.

PÉREZ. Continuemos entonces. Aquí está el curioso testamento de Julie Newman. Les aseguro que

en mis años de experiencia en el mundo de la jurisprudencia no he encontrado un caso similar. Esta mujer tenía un gran sentido del humor, de eso no hay duda.

ALBERTO. Puede ser más concreto.

PÉREZ. Ciertamente. (Comienza a leer.) Las Vegas a 7 de Diciembre de 1998, por cierto, Julie eligió el día del combate entre el gran Oscar «Manitas» Valdéz contra Willye «Tiger» Jhonson. ¿Lo vieron?

ALBERTO. No, no lo vimos.

PÉREZ. No saben lo que se perdieron. ¡Qué pelea, hermano! Knock-out en el séptimo. Cuando «Manitas» pasaba por más apuros sacó su terrible upercut de izquierda y envió a contar estrellas a la gran esperanza blanca. No vea la ilusión tan grande que me llevé, aparte de dos de los grandes, porque yo había apostado por K.O en el séptimo, gracias al soplo que me dio un buen amigo... Ya les he dicho que el juego es algo muy serio para nosotros y procuramos no dejar nada al azar.

ALBERTO. (Muy serio.) No entiendo nada de

boxeo.

PÉREZ. ¡Qué hombre más soso!

LUISA. ¡Y qué lo diga!

ALBERTO. (Molesto.) ¿Podemos continuar?

PÉREZ. Sí, podemos. (Vuelve a leer.) Yo, Julie Newman Retamero —ella siempre quiso conservar el apellido de su mamá, por la que siempre guardó un inmenso cariño a pesar de su incompreensión—, en plena posesión de mis cabales, redacto mi última voluntad ante el eminente notario Thomas Jefferson Pérez —mi primo Emilio, él también es un exiliado y juramos la constitución juntos—.

LUISA. ¿Me puede decir si tiene más familiares exiliados?

PÉREZ. Sí claro, está mi otro primo, Francis Delano Pérez, que es el fiscal del distrito, mi tío, el senador Abraham Lincoln Pérez, y mi hermano, Buffalo Bill Pérez, el jefe de la policía del estado.

LUISA. Veo que están ustedes muy bien asenta-

dos en la sociedad Norteamericana.

PÉREZ. Allá todo es grande, hermana, y hay muchas oportunidades para cualquier individuo que quiera prosperar y convertirse en un self made man. La semana pasada sin ir más lejos...

ALBERTO. (Cortándole.) ¿Podemos seguir con la lectura del testamento?

PÉREZ. Siiiií, podemos continuar. Le ruego que no se impaciente. Así que íbamos por la última voluntad de la finada.

ALBERTO. Así es.

PÉREZ. Les pido que no se sorprendan por lo que escuchen. Leo textualmente: «Ante todo quiero agradecer la gran acogida que el pueblo americano me ha dado, admitiéndome en su seno como mujer, lo que siempre me he sentido, pero en mi tierra me negaron el derecho que tiene toda persona de elegir su sexo. Aunque mi cariño por esta tierra y sus gentes es inmenso, no puedo olvidar el lugar donde nací y me crié».

AURELIA. (Llorando.) ¡Ay mi pobre Julito, lo que debió sufrir entre tanta gente rara! ¿Sabe usted si recibió la extremaunción antes de morir?

PÉREZ. No la entiendo, hermana.

AURELIA. Que si murió en paz con el Señor.

PÉREZ. Con ese que usted dice no lo sé, pero con el fisco cumplió todas sus cuentas debidamente, de eso se encargó personalmente nuestro magnífico asesor financiero, Charles Foster...

JAVIER. Pérez.

PÉREZ. No, Kane, mi estimado cuñado Charles Foster Kane, el marido de mi hermana Marylin Monroe Pérez.

ALBERTO. Con tanta interrupción no vamos a permitir que mister Pérez termine de leer el testamento, y supongo que tendrán prisa por regresar a su amado país.

PÉREZ. No se preocupe por mí, me encanta hablar. El único defecto que tienen los norteamericanos

es que no le dan la importancia que tiene a la palabra. La comunicación entre las personas es algo grande, pero allá se cultiva muy poco, todo lo resuelven con vulgares monosílabos... Julie sí que era una gran habladora, le encantaba tener un contertulio con el que poder platicar hasta altas horas de la madrugada. Muchas noches, cuando terminaba su show en el casino, nos quedábamos durante horas en su suite platicando junto a una botella de champán. Entonces me hablaba de acá, de su familia, de los rústicos aldeanos que vivían en su pueblo y de la gran cantidad de piedras y cardos que había en las inmensas llanuras, aunque, eso sí, siempre me recordaba que las puestas de sol más hermosas las había visto en la era de su tío Genaro, cuando el sol caía tras la alameda de... Vaya, ahora no me acuerdo del nombre del tipo ese.

AURELIA. La alameda de Lupirino. Un lugar precioso. Qué buenos momentos pasamos allí cuando éramos jóvenes, lástima que luego el alcalde mandase cortar todos los árboles para hacerse el chalet.

PÉREZ. Debía ser un lugar muy lindo, porque Julie siempre lo recordaba cuando llegaba el amanecer en

plena resaca.

AURELIA. Allí estaba la alberca de don Fausto. Los primeros baños de nuestra infancia nos los dimos allí.

PÉREZ. Es cierto, ella me lo contó. Me dijo que un día que se estaba bañando junto a su prima en la alberca se dio cuenta de que la naturaleza le había gastado una mala pasada haciéndola cargar con unos atributos que ella no deseaba. Con lo bien diseñada que estaba la figura de la mujer y lo chapucero que quedaba ese colgajo que pendía en su anatomía, aunque no le parecía tan feo cuando lo contemplaba en otros varones. En aquel momento fue cuando comenzó a plantearse la posibilidad de tomar las riendas de su propia naturaleza, aunque parece que eso no fue muy bien recibido por su familia.

ALBERTO. Me parece que esta conversación está derivando en un sentido que puede dañar la sensibilidad de nuestro hijo.

JAVIER. Deja de decir estupideces, que aquí el único analfabeto en estos temas eres tú.

LUISA. En eso me parece que tu hijo tiene toda la razón.

ALBERTO. ¿A cuento de qué viene eso ahora?

PÉREZ. Me parece que estábamos hablando de represión sexual.

ALBERTO. (Enfadado.) Yo no soy ningún reprimido.

PÉREZ. Me alegro mucho de saberlo. Jane es una gran experta en resolver estos casos. Su terapia es muy particular a la hora de levantar...

LUISA. (Cortándole.) No es necesario que explique con detalle las habilidades de su amiguita.

AURELIA. Anda Luisa, trae unas copitas de mistela y mantecados de los buenos para el señor Pérez y su niña. No vayan a pensar que somos unos desagradecidos.

PÉREZ. No se preocupen, ahora no me apetece tomar nada, y Jane solo come hamburguesas.

AURELIA. Pero si es una copita de nada, y está muy rica, además los mantecados los he hecho con mi propia mano. Venga Luisa ve a por ellos; y tú, niño, deja de una vez la maquinita y trae unas copitas para acompañar a nuestros invitados.

PÉREZ. No quisiera molestarles.

AURELIA. No es ninguna molestia, y no pueden hacernos el feo de rechazar nuestra invitación.

PÉREZ. Si es una norma, aceptaré con gusto. No me gusta romper las tradiciones de los lugares que visito, siempre ayuda a conocer la idiosincrasia de los pueblos.

Salen Luisa y Javier. Jane deja la máquina, se coloca un walkman y comienza a bailar.

AURELIA. ¿Qué le pasa a la chica? ¿Tiene azogue?

PÉREZ. No, pero tiene que distraerse continuamente con algo que no le haga pensar. Es la mayor tortura que pueden sufrir. Cuando tienen que pensar se pue-

den volver violentos.

AURELIA. Yo prefiero las cartas, a mi edad ya no estoy para dar brincos.

Alberto mira embobado los movimientos insinuantes de Jane.

PÉREZ. ¿En qué trabaja usted, Alberto?

ALBERTO. En un banco.

PÉREZ. Me alegro que tenga usted experiencia en manejar guita. Eso puede serles muy útil.

ALBERTO. ¿Se trata de mucha?

PÉREZ. Tiempo al tiempo, no sea impaciente. Las sorpresas necesitan de tiempo para poder disfrutarse plenamente.

AURELIA. Yo siempre creí en Julito. Sabía que era una buena persona y que podría confiar en él.

PÉREZ. El tal Julito hace muchos años que desapareció para que, cuan Ave Fénix, surgiera de sus

cenizas la espléndida Julie Newman.

AURELIA. Me cuesta mucho trabajo hacerme a la idea del cambio. No me imagino viendo a mi querido primo como mujer.

PÉREZ. No se preocupe, muy pronto la verá y tendrá tiempo para acostumbrarse a los cambios.

AURELIA. ¡Cómo! ¿Qué está usted diciendo?

PÉREZ. Tranquilos, enseguida lo sabrán todo.

Regresan Luisa y Javier. Llevan una bandeja de mantecados y una botella de mistela con varios vasos y los dejan sobre la mesa.

JAVIER. ¿Nos hemos perdido algo interesante?

AURELIA. Este hombre está diciendo cosas muy raras sobre mi Julito.

PÉREZ. Todo tiene su lógica, y cuando me permitan leer el testamento, lo entenderán muy fácilmente.

ALBERTO. Eso es lo que estamos intentando des-

de que llegó, pero continuamente cambia de tema y nos tiene en ascuas.

PÉREZ. (A Luisa.) Esto tiene una pinta excelente, sugiero que hagamos un brindis por Julie Newman antes de continuar. Es lo menos que se merece por parte de su amada familia.

LUISA. Tiene usted toda la razón. Va a pensar que somos unos desagradecidos que solo quieren el dinero, pero le aseguro que lo único que nos preocupa en estos momentos es el recuerdo de esa gran mujer. (Va pasando la bandeja de mantecados mientras Javier llena los vasos de mistela y los reparte.)

PÉREZ. (Levantando su vaso.) Julie, te prometí que cumpliría tus deseos y aquí me tienes. Me pediste que fuera tus ojos y que contemplara lo que fue tu historia. Tú nunca regresaste a tu tierra, pensaste que no te recordarían, pero hiciste lo más adecuado para que nunca te olviden. Por ti, Julie.

Todos brindan. Jane da un trago aparte.

JANE. Fuck, is very sweet, I want whisky.

PÉREZ. Discúlpenla, son de ideas fijas y no saben degustar los sabores delicados. Prefieren cosas más fuertes.

JAVIER. Me temo que en esta casa el wishky no abunda.

ALBERTO. Pero tenemos una botella de cazalla que puede servir para la ocasión. Voy a por ella.

JAVIER. (Mientras sale Alberto.) Eso es muy fuerte y la vas a envenenar.

PÉREZ. No hay cuidado, chico. A Jane la descubrí trabajando en un garito de Dakota del Norte y se bebía media botella de wishky de un trago mientras se deslizaba desnuda por la barra a veinte grados bajo cero.

JAVIER. Me hubiera gustado verla.

PÉREZ. Cuando lo desees.

LUISA. (A Javier.) Tú no necesitas ver nada.

Regresa Alberto con una botella y, antes de que

pueda llenar el vaso de Jane, ella se la ha quitado de las manos y bebe a morro.

JANE. Much better. (Continúa bailando con la botella en la mano.)

PÉREZ. Sorprendente mujer, casi tanto como mi amada Julie.

JAVIER. ¿Cómo era el espectáculo que hacía?

PÉREZ. ¿Quién, Julie o Jane?

LUISA. Julie, por supuesto.

PÉREZ. Divino, todo en ella rezumaba arte. Qué sensibilidad, qué delicadeza... Actuaba en el casino más grande de Las Vegas y su número suponía el momento estelar del show. De repente, todas las luces se apagaban y a la luz de unas velas aparecían ocho jóvenes fornidos, vestidos con mallas muy ajustadas, que llevaban a hombros una de esas carrozas que por acá sacan en lo que ustedes llaman procesiones. Los chicos dejaban la carroza en medio del escenario y sobre ella estaba Julie, toda tapada con un pre-

cioso mantón negro bordado con filigranas representativas de su tierra. El silencio era total y la tensión se mascaba. De repente, se iniciaba un redoble de tambor y cada uno de los bailarines se acercaba a Julie y la liberaba de una de las prendas que la cubrían. Al final se quedaba con un monísimo tanga de lentejuelas y un minúsculo top que apenas si podía disimular los inmensos atributos que se hizo implantar por los más reputados cirujanos. Entonces se iluminaba todo el escenario y se escuchaba un divino pasodoble que ella había arreglado para cantar en inglés. (Emocionado.) Sólo de recordarlo se me eriza todo el vello, todavía puedo verla la noche de su última actuación. Tuvo la enorme delicadeza de despedirse interpretando en español: «La mantilla de blonda». Nadie podía suponer que eso era el anticipo del festín de pastillas que la llevaron a la muerte.

AURELIA. ¿No era muy mayor para salir con tan poca ropa?

PÉREZ. Hasta los cincuenta consiguió mantener un tipo espléndido. Luego empezó a engordar. Ella decía que tenía cuatro kilos de más, pero debían ser

unos veinticinco, aunque a sus incondicionales no les importaba. Lo que contaba era su inmenso arte.

LUISA. Lástima que nunca la hubiéramos visto actuar.

PÉREZ. Eso puede tener solución.

LUISA. ¿Acaso tiene un vídeo?

PÉREZ. No, no se trata de ninguna grabación.

ALBERTO. No es por molestar, pero se puede saber cuándo podremos seguir con la lectura del testamento.

PÉREZ. Ahora mismito. Y espero que comprendan la demora porque era necesario que ustedes supieran más datos sobre su benefactora antes de conocer los detalles de su herencia.

ALBERTO. Reconozco que tiene usted razón. Quizás me he precipitado un poco, pero esto es tan nuevo para nosotros.

PÉREZ. Es muy natural que no se le mueran tías

cabareteras todos los días. (Coge el papel.) Vayamos al grano y retomo la lectura. Nos habíamos quedado en las muestras de gratitud hacia el país que la acogió con los brazos abiertos.

ALBERTO. Así es.

Cuando va a seguir leyendo suena su teléfono móvil.

PÉREZ. Disculpen un momentico. (Coge el teléfono.) Aló... Sí soy yo... ¡No me digas que eres Mario Antonio!... ¿Chico, cómo supiste de mi paradero?... ¡Qué tú también estás acá!... Pero eso hemos de celebrarlo como se merece y tenemos tantas cosas de que hablar... Por supuesto que quedamos para comer. Dime dónde estás y en quince minutos estoy allá... (Coge una carta de la baraja de Aurelia y escribe en ella.) Lo he entendido perfectamente. Ahora mismito cojo un taxi y voy para allá, tenemos que celebrarlo a lo grande.

Apaga el teléfono y se guarda la carta en el bolsillo. Todos le miran expectantes.

PÉREZ. Fíjense qué gran sorpresa. Mi amigo Mario Antonio está acá. Más de quince años sin verlo. Qué maravillosas casualidades depara la vida, y todo gracias a Julie.

ALBERTO. ¿Y lo nuestro?

PÉREZ. ¿Qué dice?

ALBERTO. La lectura de nuestro testamento cuándo será.

PÉREZ. (Guardando los papeles.) Lo siento. Les ruego nos disculpen. Regresaremos nada más terminar de comer. Entenderán que me haga ilusión ver a un amigo que es más que un hermano. Juntos nos criamos y hasta nos hicimos hombres con la misma mujer.

JAVIER. ¿Y eso?

PÉREZ. Fue con Lupe la Grande en el viejo burdel del malecón. Qué inmensidad de hembra, pero ahora, chico, no tengo tiempo de contarte los detalles. Luego tendremos tiempo para todo, hemos de ir hasta la Plaza del General Cardona.

JAVIER. Si quieren puedo acompañarles para que no se pierdan.

LUISA. Tú te quedas.

JAVIER. Mamá, debemos ser corteses con los invitados.

PÉREZ. No quisiéramos molestarte.

JAVIER. Será un placer.

LUISA. (A Javier.) Pero regresas a comer.

PÉREZ. Dejen que se quede a comer con nosotros, será un honor invitarle y regresaremos antes.

ALBERTO. Está bien. (A Javier.) Puedes irte con ellos, pero a ver cómo te portas.

JAVIER. Que soy mayor de edad y sé lo que me hago.

PÉREZ. Hasta la tarde. (Haciéndole un gesto a Jane.) Come on, baby. Let's to eat.

JANE. I'm not hungry.

ALBERTO. ¿Cuándo volverán?

PÉREZ. Ahora mismito, apenas un par de horas de nada. Lo justito para saludarnos y hablar cuatro cosillas de los viejos tiempos.

JAVIER. Yendo conmigo ahorraran mucho tiempo.
(Salen y Alberto detrás de ellos.)

Aurelia, Luisa se miran muy serias. La luz se apaga.

CUARTA ESCENA

Se vuelve a escuchar a un locutor de radio con el escenario a oscuras.

LOCUTOR. En unos momentos comentaremos con nuestros tertulianos habituales una noticia sorprendente y que puede resultar muy difícil de entender en una sociedad como la nuestra, y les aseguro que no estamos en el día de los inocentes. En Texas ha sido detenido un peligroso fumador en una redada realizada por la policía durante la celebración del congreso anual del club de amigos del rifle. El fiscal solicita diez años de cárcel para el detenido, y no sólo por el humo desprendido por su peligroso cigarrillo, también se considera como agravante que el individuo no portara armas de fuego y llevara una pegatina antibelicista. No sé lo que pensarán ustedes, pero yo pienso que no vivimos en un mundo tan avanzado.

El escenario se ilumina cuando Alberto camina impaciente por el salón mientras Luisa cose un vestido y Aurelia juega a las cartas.

ALBERTO. Apenas un par de horas, solo un par

de horas. Ya ha pasado un día y este tío, su amiguita y Javier siguen sin dar señales de vida. Cuando vuelvan me van escuchar.

AURELIA. ¿No les habrá pasado algo malo? Dicen que el extranjero está lleno de criminales sangrientos.

LUISA. Cuando Javier llamó anoche dijo que estaban muy bien y que se retrasarían un poco.

AURELIA. A saber dónde habrán pasado la noche.

LUISA. La culpa es de los americanos. Javier nunca hubiera pasado la noche fuera sin avisarme.

AURELIA. Lo habrán secuestrado para pedirnos un rescate con mi herencia.

ALBERTO. Ya he llamado a la policía y no saben nada.

LUISA. La culpa es tuya, mira que insistir en que se fuera con ellos. Si al menos hubieras apuntado su número de teléfono para tenerlo localizado.

ALBERTO. De sobra sabes que no me dio tiempo. Fue todo demasiado rápido.

AURELIA. Y encima ese desgraciado se ha llevado una carta de mi baraja y me rompe todas las combinaciones del juego.

LUISA. Y ahora salta con eso, como si no hubiera cosas más importantes de las que preocuparse... Mi hijo ha desaparecido y a la entrañable anciana le preocupan las cartas.

ALBERTO. No hay que ser derrotistas. Seguro que no tardan en aparecer y existe una explicación lógica para todo.

AURELIA. (Murmurando.) Ya les noté yo algo raro desde el principio a esos forasteros. Pronto iba yo a dejar a mi hijo con esos. Desde luego, hay madres que son unas irresponsables y convierten a sus hijos en unos desgraciados.

LUISA. ¿Está hablando por usted, querida suegra?

AURELIA. No, sabes muy bien por quién lo digo.

Se escucha el ruido de la puerta que se cierra.

ALBERTO. Ya han vuelto. Ha llegado el momento de que el padre de familia imponga su autoridad. Esto no puede seguir así.

Entran el abogado y su acompañante junto a Javier.

PÉREZ. ¡Qué ritmo, chico! ¡Qué marcha tan enorme tiene esta ciudad! Y yo que creía que lo de allá era lo mejor. (Se vuelve hacia los otros y lo miran muy serios.) ¡No vean la suerte que tienen ustedes y cómo les envidio! Poder disfrutar las veinticuatro horas del día de garito en garito sin que la fiesta decaiga. Jane se lo ha pasado en grande con su muchacho... ¿Qué pasa? ¿Por qué nos miran tan serios? ¿Acaso les ha ocurrido alguna desgracia familiar o se ha hundido la bolsa?

ALBERTO. No, pero han pasado bastante más de dos horas.

PÉREZ. ¡Ah, es por eso! Se podían haber venido y les aseguro que el tiempo hubiera volado. Con salsa

caribeña, unos buenos mojitos y cuatro hermosas hembras mulatas moviendo sus espléndidos contornos no hay tiempo que valga.

LUISA. (A Javier.) ¡Y tú, no has podido acordarte de tu pobre madre! Toda la noche preocupada.

JAVIER. Sí que me he acordado, pero ya os dije que estaba bien y no se trataba de llamar cada hora. Sólo quería acompañar a nuestros invitados para que no se perdieran.

Jane se acerca a Javier y lo abraza. Parece que ha bebido más de la cuenta.

JANE. I'm tired, Javi, let's go to sleep.

LUISA. ¿Qué dice esa y por qué le hace arrumacos a mi hijo?

PÉREZ. Está cansada y quiere irse a la cama.

LUISA. ¡Con mi Javi! ¡Ni hablar!

JAVIER. La chica tiene sueño y quiere dormir un poco.

LUISA. Pues que se duerma en el sillón y le quite las manos de encima a mi hijo. Yo no pasé a la habitación de un hombre hasta que me casé.

PÉREZ. ¿Y no lo lamenta?

Luisa parece que va a contestar indignada, luego mira a Alberto y su madre y se calla.

ALBERTO. Claro que no lo lamenta. Aquí vive gente seria que madruga para trabajar y no podemos pasarnos el día de parranda.

PÉREZ. ¡Qué lástima! Con lo bien que lo hubiera pasado con Mario Antonio y su gente. Seguro que ahora no tendría esas ojeras que muestran todo el estrés acumulado.

AURELIA. Es por culpa de la hernia.

PÉREZ. Eso es por estar todo el tiempo tensionado. Si no se relaja, le puede dar un infarto y adiós hermano, se acabó la fiesta.

LUISA. Eso le digo yo, pero este hombre no sabe divertirse.

ALBERTO. Yo sé muy bien lo que hago, y me gustaría terminar con lo nuestro cuanto antes.

PÉREZ. Por supuesto, ¿a qué creen que he venido? (Abre la cartera. A Jane) Sit down and sleep, baby.

JANE. Alone?

PÉREZ. Yes, this is Spain.

Ella se deja caer en el sillón abatida.

PÉREZ. Desde que nos fuimos la pobrecita no ha pegado ojo, y pueden estar muy orgullosos de su hijo porque ha sido muy amable con nosotros. En eso se ve que ha salido a su familia.

AURELIA. A mí se me parece mucho.

ALBERTO. Podemos dejarnos de parecidos y continuar.

PÉREZ. ¿Quieren que empiece de nuevo la lectura o prefieren que sigamos donde lo dejamos?

ALBERTO. Será mejor la segunda opción. No es

necesario que nos cuente la situación de los exiliados cubanos, ni el combate del manitas, ni los atardeceres en la alameda del tío Lupirino, ni el contenido del show que nuestra querida Julie realizaba en el mejor casino de las Vegas, ni las habilidades de su llamativa acompañante.

PÉREZ. De acuerdo, comprendo la indirecta. Iré directamente al grano. Este hombre es muy susceptible, seguro que una úlcera anda rondándole además de la hernia.

LUISA. Disculpe a mi marido. Aparte de lisiado, a veces es un poco bruto.

PÉREZ. Oiga, ¿no es difícil convivir con un marido tan simple?

LUISA. Mucho.

ALBERTO. Nuestros problemas matrimoniales los resolvemos en la intimidad y a nadie le interesan.

PÉREZ. Eso está muy bien. Con una música linda, a la luz de las velas y con una copita de champán

todos los problemas conyugales se resuelven rápidamente.

LUISA. No es precisamente así como los arregla mi Alberto.

PÉREZ. (A Alberto.) Dígame entonces cuál es su método. Me interesa aprender nuevas tácticas.

JAVIER. No creo que mi padre sea muy docto en ese tema.

ALBERTO. ¿Y a cuento de qué viene esto ahora? Se supone que íbamos a hablar de un testamento.

PÉREZ. Muy cierto, así que hablemos de plata. (Comienza a leer.) «Aunque el dinero es un tema del que me molesta hablar, es necesario que dejé claro lo que se ha de hacer con mi fortuna una vez que fallezca, suponiendo que esto ocurra alguna vez –por entonces ella no debía imaginar un desenlace tan rápido–. Muchas veces he pensado en quién sería merecedor de quedarse con mi herencia. He desestimado dejársela a mis amigos más cercanos porque ello podría condicionar el recuerdo que me tuvieran. Yo sé que siem-

pre me han amado y no me gustaría que se sintieran comprados con mi dinero. Así que he pensado que mi familia del pueblo sería la más adecuada para hacerse cargo de mi fortuna...

LUISA. (Cortando la lectura.) ¡Qué gran mujer!

AURELIA. Lo que yo digo, un encanto.

PÉREZ. (Sigue leyendo.) Tras informarme a través de la embajada de cuantos familiares quedaban vivos —en lo cual yo le serví de gran ayuda—, he decidido que mi prima Aurelia Retamero Expósito sea mi legataria.

AURELIA. Julito era un santo varón... (Pérez la mira muy serio.) Perdón, mi Julie era una santa.

ALBERTO. ¿A cuánto asciende la fortuna?

PÉREZ. Antes de los gastos que conlleva un testamento de esta índole, se puede decir que asciende a dos millones trescientos veinte mil dólares.

JAVIER. ¡Más de cuatrocientos millones de pesetas!

PÉREZ. Chico, te felicito por tus buenas cualidades como matemático.

AURELIA. (A punto de desmallarse.) ¡Ay, Jesús bendito, que me da un soponcio!

Alberto se acerca a ella y trata de ayudarla.

ALBERTO. Tranquilízate madre, que las emociones fuertes no son buenas para tu corazón. (A Javier.) Rápido trae las pastillas de la tensión de la abuela que están en su habitación.

JAVIER. ¿Las rojas o las verdes?

LUISA. Las rojas, las otras son laxantes. (A Pérez, mientras sale Javier.) La pobre sufre estreñimiento crónico.

ALBERTO. Esto no le sucede muy a menudo.

PÉREZ. ¿Los achaques al corazón o el estreñimiento?

ALBERTO. Lo del corazón, por supuesto. A su edad, y con tantos años de sufrimiento, cualquier emoción

fuerte le hace mella.

LUISA. Sobre todo si va acompañada de varias copas de mistela.

PÉREZ. Para eso es mejor el mojito, no da ninguna resaca y alivia la mente.

Regresa Javier con la pastilla y un vaso de agua.

JAVIER. (Le da la pastilla.) Toma abuela.

PÉREZ. Ánimo, hermana, que aún le queda mucho merengue por bailar.

AURELIA. Ya se me va pasando, hijo. Han sido muchas emociones fuertes para tan poco tiempo.

PÉREZ. Es lógico que esto suceda. Cuando yo fui recibido por el presidente casi me desmayo por la ilusión. Yo, un modesto exiliado cubano, comiendo en la Casa Blanca mano a mano con el jefe del mundo. Menudo puntazo para mi currículum.

LUISA. ¿Y su mujer es tan tiesa como dicen las revistas?

PÉREZ. De eso nada, la primera dama es una gran señora.

ALBERTO. No sabe cuánto agradecemos la buena voluntad de nuestra tía y lo que usted ha hecho por hacérsela llegar.

PÉREZ. No crea que lo hago sólo por altruismo. Es mi trabajo y cobro un buen pico por ello. Mi bufete no se dedica a las obras de caridad, quien quiera trabajar con nosotros ha de tener plata, y allá la plata sobra.

ALBERTO. Veo que es usted sincero, así que también lo voy a ser yo.

PÉREZ. Eso me gusta. Dígame.

ALBERTO. ¿Se puede saber cuándo se podrá hacer efectivo el testamento?

PÉREZ. Le rogaría que no se precipite porque todavía no he terminado con la lectura de su última voluntad.

AURELIA. ¿Todavía hay más?

PÉREZ. Alguna cláusula no excesivamente importante, aunque seguramente repercutirá en la cantidad a liquidar.

LUISA. Lo que me temía.

ALBERTO. Prosiga entonces con la lectura.

PÉREZ. Antes de continuar, he de aclararles que Julie tenía un inmenso afán de pasar a la posteridad para ser recordada a lo largo de los tiempos. Es lógico que toda persona que se debe a su público desee ocupar un hueco en la memoria de la humanidad.

LUISA. Es algo muy natural, y ella se lo merece.

JAVIER. Y supongo que decidió que se le construyera una estatua o un mausoleo en señal de homenaje.

PÉREZ. El joven no va muy desencaminado, pero a Julie no le gustaban los gestos simbólicos. Ella prefería algo más directo y tangible.

ALBERTO. ¿Puede ser más concreto?

PÉREZ. Por supuesto. Julie, en la última época de

su vida, se comenzó a interesar en gran medida por los avances médicos y científicos, pensaba que una época de gran esplendor se avecinaba.

ALBERTO. ¿No estará diciendo que ha ordenado ser hibernada?

PÉREZ. Claro que no. A ella le aterraba la posibilidad de pasarse muchos años metida en un congelador. Nunca le gustó el frío y nadie que decide suicidarse piensa en la hibernación como la solución a sus problemas.

AURELIA. No entiendo por qué han comenzado a hablar sobre el invierno cuando mi prima está todavía de cuerpo presente.

PÉREZ. Sí señora, lleva toda la razón, usted va mucho más encaminada que su hijo. Julie siempre quería estar de cuerpo presente y sufría una inmensa claustrofobia, de ahí que pusiera todo su empeño en encontrar la manera de que su cuerpo no fuera enterrado o incinerado cuando tuviera la desgracia de fallecer.

JAVIER. Pues entonces lo mejor será que la dise-

quen y la exhiban en un museo.

PÉREZ. Este chico es ciertamente brillante y capta rápidamente los conceptos, aunque la palabra diseccionar es un tanto grosera y anticuada. Julie prefería hablar de perduración. Su mayor ilusión consistía en que su gran obra, que era su propio cuerpo, perduraría durante las siguientes generaciones. Y según los más recientes estudios, combinando técnicas de la taxidermia con los más sofisticados avances informáticos, se puede conseguir una perduración activa durante infinidad de años.

AURELIA. (A Javier.) ¿De qué está hablando ahora?

JAVIER. Abuela, este hombre dice que han diseccionado a Julie y le han colocado un ordenador para que no parezca muerta.

AURELIA. Pero seguro que eso es un pecado muy grave que traerá la desgracia a nuestra familia.

PÉREZ. Ese concepto retrogrado de pecado que tienen ustedes ya ha desaparecido de nuestra civiliza-

ción. Nosotros preferimos hablar de lo que se puede hacer y de lo que no se puede hacer. Nuestra ética no va en función de unos rígidos conceptos morales. Allá, si algo se puede comprar lo ético es hacerlo, y Julie está comprando su longevidad. Un clásico ejemplo del maravilloso sueño americano.

Javier mira a Jane que está dormida mientras se chupa el dedo gordo de la mano.

JAVIER. Sí que es sugerente el sueño americano, lástima que al despertar tiendan a joderlo todo.

PÉREZ. Muy ácido, chico, pero no es el caso de Jane. Si algún día te despiertas junto a ella, descubrirás que es extraordinariamente dulce.

JAVIER. No me importaría.

LUISA. Pero a tu madre sí.

ALBERTO. Me temo que lo que ha contado nos va a costar mucho dinero.

PÉREZ. ¿A ustedes?

ALBERTO. Claro, se está hablando de nuestro testamento.

PÉREZ. Un momentico, caballero, que no es bueno contar billetes antes de tiempo. No olviden que ustedes todavía no tienen ni un centavo. La magnanimidad de Julie les ha tenido en consideración y ha nombrado a su madre como heredera. Pero no se trata de coger la plata de la finada y olvidarse del fiambre. No señor, aquí hay unas normas éticas que cumplir para con su benefactora.

LUISA. Disculpe a mi marido, a veces es bastante cafre y le cuesta razonar. Haremos todo lo que esté en nuestras manos por estar a la altura de la gran Julie Newman.

AURELIA. Siempre hay que estar al lado de alguien tan querido.

PÉREZ. Esa es otra forma de hablar mucho más inteligente.

JAVIER. ¿Y puede explicarnos lo que van a hacer con nuestra amada tía?

PÉREZ. Pues mira chico, en este momento un grupo de investigadores de la Universidad de Eaton están ultimando el proyecto «Newman», que consiste en implantarle a la finada varios microchips interconectados y unidos a una minúscula unidad central que han colocado en su cerebro y que le permitirá realizar una gran serie de acciones inteligentes.

ALBERTO. (Alarmado.) ¿Quiere decir usted que han convertido a nuestra tía en un robot?

PÉREZ. Hay que ver lo anticuado y cerril que puede ser este hombre.

LUISA. Mucho.

PÉREZ. No señor, su tía no será un vulgar Frankenstein lleno de cicatrices, hierros y tornillos. Ella mantendrá su propia piel y complexión física, eso sí, con veinticinco kilos menos para recordarla en toda su plenitud. La única diferencia es que tendrá un cable para conectarla a la corriente eléctrica y estará capacitada para interpretar sus mejores canciones y entablar conversaciones sobre distintas épocas de su vida. Podrá mover los labios, abrir y cerrar los ojos y

balancear su cuerpo rítmicamente. Todo un prodigio de la técnica made in USA.

ALBERTO. Pero es inmoral mantener en ese estado a una persona muerta.

PÉREZ. ¿Acaso es preferible encerrarla en un cajón y meterla bajo tierra para que se la coman los gusanos; o, por el contrario, es más ético asarla en un horno como si fuera el pavo del día de acción de gracias?

ALBERTO. Yo lo decía porque los muertos merecen el mayor de los respetos y no deben ser objeto de burla pública.

PÉREZ. Eso a Julie la traía al fresco. Ella siempre me decía: «Mira Washintoncito, a la gente le encanta envidiar lo que otros han conseguido, pero nunca reconocerán su esfuerzo, y a mí me encanta que me envidien, aunque me desprecien y aparenten burlarse». Toda una filósofa, nuestra Julie era una gran pensadora que desea dejar su legado a la humanidad.

JAVIER. Y una vez terminada la labor de reconstrucción, ¿dónde perdurará el cuerpo de Julie?

PÉREZ. Ella pensó mucho en eso hasta que llegó a una acertada conclusión que me pareció imposible rebatirle, aunque les aseguro que me dolió.

JAVIER. ¿Qué dijo?

PÉREZ. Cosas muy sabias dijo: «Durante la vida uno elige su propio camino, sus aciertos y sus errores le pertenecen, pero el acto de nacer y el acto de morir pertenecen a la familia. Si yo nací en un lugar, mi muerte ha de devolverme allí».

LUISA. ¿Quiere decir que van a mandar para acá el cuerpo de Julie?

PÉREZ. ¿A que les hace mucha ilusión?

ALBERTO. ¿Dónde habría que dejarla? En el pueblo no hay ningún recinto adecuado para instalarla.

PÉREZ. Por eso no se preocupe, ella estará encantada de ser acogida por su familia más allegada. Aquí su espléndida figura lucirá perfectamente y las lentejuelas de su escotado vestido darán vida a toda la casa.

ALBERTO. Pero eso es imposible.

PÉREZ. Yo creo que aquí cabe perfectamente realizando una sencilla distribución de mobiliario. Es cuestión de un pequeño esfuerzo y de mucho amor.

ALBERTO. (Muy alterado.) ¡Pero sabe lo que nos está pidiendo!

PÉREZ. (Muy serio.) Sí, que acojan en su casa a la querida tía que ha tenido el maravilloso gesto de dejarles en herencia más de dos millones de dólares. No creo que eso sea pedirles demasiado en comparación con lo que les estoy ofreciendo: un rinconcito a cambio de mucha plata.

AURELIA. Alberto, ¿este hombre nos está pidiendo que tengamos en nuestra casa al primo Julito?

ALBERTO. A lo que queda de él.

AURELIA. ¿Y no olerá?

PÉREZ. A rosas, hermana, olerá a Eau de Newman. Ella tenía su propio perfume elaborado con esencia de rosas que inundará de frescor primaveral esta casa.

LUISA. Yo creo que si hacemos un esfuerzo entre todos no sería tan difícil de superar este trance.

JAVIER. Al fin y al cabo se trata del miembro más generoso que jamás ha tenido esta familia.

ALBERTO. (Dirigiéndose a Pérez.) Esta decisión es muy importante para el devenir de nuestra familia. Creo que debería darnos algún tiempo para hablarlo en privado antes de tomar una decisión que puede transformar nuestra existencia.

PÉREZ. Muy coherentes suenan sus palabras, pero eso es completamente imposible, puesto que yo podría pensar que les interesa el dinero que Julie les ha dejado y que ella como persona les importa un bledo. No señor, eso no se puede hacer. Si usted tiene ética para aceptar una fortuna, también la ha de tener para acoger a un familiar desamparado.

AURELIA. Yo, como familiar más directo y como su heredera, digo que mi Julito se viene conmigo, al menos me hará compañía, y tenemos tantas cosas que contarnos.

LUISA. Por una vez estoy totalmente de acuerdo con mi suegra. El cariño por la familia está por encima del dinero.

PÉREZ. (A Javier.) Y tú, chico, ¿qué piensas?

JAVIER. Pues que toda muerte tiene un precio, y este parece muy tentador como para dejarlo pasar.

ALBERTO. Javier, no hables así de tu tía. Ella se merece el mayor de nuestros respetos.

PÉREZ. Entonces, ¿qué deciden?

ALBERTO. (Después de mirar a todos.) Como portavoz de la familia en un momento tan delicado, digo que no es el dinero lo que mueve nuestra decisión, sino el gran amor que sentimos por el miembro de la familia que nos ha dejado lejos de nuestro entorno. Ella debió sufrir mucho durante los largos años que ha permanecido alejada del calor del hogar, y es justo que en su lecho de muerte le sepamos dar el trato que se merece. Desde este momento Julie Newman tiene una nueva casa.

PÉREZ. Estremecedor discurso, hermano, digno del mejor de los políticos. Desde luego no hay nada como dar rienda suelta a la sinceridad para mostrar nuestros más profundos sentimientos. Me siento orgulloso de que hayan sabido estar a tan alto nivel. Sin duda Julie Newman estará en las mejores manos... Ahora sólo falta que la heredera firme los papeles de la herencia para que todo sea legal. Un mero trámite sin importancia.

Jane se despierta.

JANE. Dear, I'm sad.

PÉREZ. Just a moment, baby. La pobre está triste y lo pasa mal cuando la sacan de su entorno.

JAVIER. Por mucho menos bombardean países.

PÉREZ. Muy sarcástico, chico. Tienes futuro en las barricadas. Tienes alma de un genuino revolucionario, pero yo prefiero los hoteles de cinco estrellas, el champán y las mujeres caras. Aunque para que exista un triunfador han de quedar por el camino muchos perdedores. Esa es la regla básica del capitalis-

mo, no lo olvides.

ALBERTO. Y ahora que se ha solucionado el malentendido, y sin ánimo de ser ambicioso, ¿nos puede decir cuánto dinero nos quedará después de todos los arreglos técnicos que le están realizando a nuestra tía?

PÉREZ. Por eso no se preocupe, les aseguro que les quedará mucho más de lo que necesitan. Ahora nos han de disculpar porque se está haciendo tarde. Nuestro avión parte en dos horas hacia Montecarlo. Tengo un enorme interés profesional por ver cómo funciona el mundo del juego por la vieja Europa, y le he prometido a Jane unas vacaciones en la costa azul para que pueda conocer de cerca el mundo de la realeza. La pobre todavía sueña con príncipes. (Saca la copia del testamento y la acerca a Aurelia.) Ahora, si no le importa, firme estos papeles para que todo esté en orden.

AURELIA. Si firmo, ¿no me meteré en ningún lío?

PÉREZ. Le doy mi promesa de que no hay trampa, y ayudará a Julie a descansar en paz.

AURELIA. (Mientras firma.) Sea todo por el inmenso cariño que le tenía a mi Julito y por cumplir su deseo de permanecer junto a sus seres queridos. ¡Qué sería de nosotros sin el calor de una familia!

PÉREZ. (Recogiendo los papeles.) Unas palabras muy entrañables. Ahora ha llegado el momento de la partida. En un par de semanas volverán a tener noticias mías para informarles de cómo se ha desarrollado todo e indicarles la fecha en la que podrán recibir a nuestra querida Julie.

ALBERTO. (Dándole un abrazo.) Muchas gracias, don Washington, por todo lo que ha hecho por nosotros y por nuestra tía.

PÉREZ. Lo de ustedes ha sido por motivos profesionales y me congratulo de haberlos conocido, pero lo de su tía es por el inmenso amor que le guardaba... Hasta pronto. Come on, darling.

Jane se acerca a Javier y le da un beso en los labios ante la mirada sorprendida del resto de la familia.

JANE. Bye.

JAVIER. I love América.

PÉREZ. Lo ves, chico, aquello es otro mundo.

JAVIER. Ya lo veo.

LUISA. Pero mi hijo está muy bien en este.

AURELIA. Aquí todas las mujeres somos más decentes. (Mira a Luisa.) Bueno, casi todas.

PÉREZ. Eso no lo pongo en duda, aunque les aseguro esa palabra tiene escasa utilidad en una sociedad tan avanzada.

ALBERTO. Les acompañaré a la puerta.

Salen Alberto, Pérez y Jane.

LUISA. ¡Ay, Dios mío, que somos millonarios!

AURELIA. Un momento, que aquí la única millonaria es una servidora.

JAVIER. Yo no sé qué pensar. Hasta que no reciba

la pasta no quiero hacerme excesivas ilusiones, aunque, por si acaso, tendré que ir mirando los precios de las motos para ganar tiempo.

Regresa Alberto.

ALBERTO. (Entusiasmado.) Muy bien, ha salido todo de la manera que tenía previsto: el abogado se ha marchado contento y el dinero será nuestro.

LUISA. Desconocía tus dotes de estrategia. Yo más bien diría que todo ha ido como ha querido el abogado.

ALBERTO. Eso es lo que yo le he hecho creer para que se marche satisfecho, pero si os hubierais fijado bien, habríais comprobado con que sutileza he conducido la situación.

JAVIER. Has estado magistral, auténticamente portentoso. Si se queda algo más de tiempo hubieras logrado que no nos dejara ni un duro.

ALBERTO. Tú no sabes lo que dices.

JAVIER. Es cierto, no sé lo que digo y por eso me ilusiona mucho lo de tener que colocar a la momia en

el medio del salón... Si al menos tuviera todas las cualidades de Jane.

LUISA. Eso sí que es un problema. Nunca he podido mirar a los muertos. Ni siquiera cuando amortajaron a mi padre pasé a verle por el miedo que me daba.

AURELIA. Yo no tengo inconveniente, siempre que vaya vestida con recato y no desluzca con el resto de la habitación.

LUISA. Podríamos ponerla detrás de un biombo que la mantuviera oculta de las visitas.

ALBERTO. Pero no os dais cuenta de que una vez que tengamos el dinero podremos hacer lo que queramos. Lo mejor será meterla en un cajón lleno de naftalina y llevarla al garaje del pueblo.

AURELIA. ¿Qué pasaría si se presenta el americano por sorpresa?

ALBERTO. Ya encontraremos la solución.

JAVIER. Podríamos decir que está en el taller para

arreglar una avería o pasando la revisión de los mil kilómetros.

ALBERTO. Ahora hay cosas más importantes que hacer. Yo tengo que ir al banco a informarme sobre la cotización del dólar y buscar la forma de invertir el dinero de la manera más conveniente para el bienestar de la familia.

AURELIA. Dirás para mi bienestar. No olvides que yo soy la única heredera.

ALBERTO. Lo sé madre, pero lo mejor para ti también lo será para el resto.

LUISA. Y a su edad puede que el día menos pensado le dé un arrechucho y amanezca tan tiesa como su prima.

AURELIA. ¡Ay Alberto, que esta bruja me quiere envenenar por mis riquezas!

ALBERTO. Aquí nadie va a envenenar a nadie y vamos a procurar llevarnos todos bien.

JAVIER. Eso sí que sería una novedad.

LUISA. Yo me voy a hacer la comida porque de lo contrario me va a tocar pelearme con la vieja avara. (Sale.)

AURELIA. Yo me voy a la iglesia para darle gracias a Dios por el milagro que me ha concedido.

ALBERTO. Salgo contigo madre. (Salen Aurelia y Alberto.)

JAVIER. Temblad chicas que aquí llega el duro Javier con su reluciente Harley. Prefiero ser un corrupto capitalista que un idealista sin hembra. (Sale y la luz se apaga.)

QUINTA ESCENA

Vuelve a sonar la radio.

LOCUTOR. Una extraordinaria acogida ha tenido la reciente iniciativa del Ministerio de Hacienda de popularizar la declaración de la renta. Desde el primer día se han formado grandes colas en las administraciones. Los ciudadanos están impacientes por presentar su declaración, algo que nunca se había visto en este país. El ministro ha declarado que la campaña «Juegue con la Renta» ha desbordado todas las previsiones iniciales y se espera que salga a la luz gran parte del dinero negro que circula en este país. Como sabrán, la brillante medida ofrece a los contribuyentes la posibilidad de jugarse el importe de su declaración con Hacienda. El juego queda a elección del contribuyente, pudiendo elegir entre los dados, póquer, parchís y siete y media, entre otros juegos que gozan de gran raigambre social. Esta medida no solo ofrece la posibilidad a los ciudadanos de ahorrarse sus impuestos, además, es generadora de empleo público, pues se ha creado la figura de crupier del estado, al que han accedido mediante selectiva oposición más de mil ciuda-

danos que serán los únicos autorizados para jugarse los fondos del erario público.

Se ilumina el escenario, detrás del sofá hay un biombo por el que se ven unas lucecitas extrañas. Aurelia está sentada junto a su mesa haciendo ganchillo y tiene un mando a distancia a su lado.

AURELIA. Pues lo que yo te diga Julito, y, aunque tu padre fuera muy bruto, tú no tenías derecho a darles un disgusto tan grande. Puede que nunca te enterarás, pero la muerte de tu padre no se debió a un accidente de caza, puesto que encontraron la escopeta entre sus piernas y su dedo agarrando el gatillo. El pobre se voló los sesos del puro disgusto que tenía, aunque la puntilla para él fue lo de tu hermana pequeña. Y es que me digo yo que cómo se le podría ocurrir quedarse preñada a los quince años del feriante negro. Hay cosas que no se le pueden hacer a los padres, aunque ya nos dijo el Señor que la vida era un valle de lágrimas y que habíamos venido a este mundo para sufrir, pero lo de la Lucía, tu madre, fue mucho peor, y es que los hombres lo tienen mucho más fácil,

pues en cuanto se les mete la cobardía en el cuerpo, lo arreglan todo quitándose del medio. Es muy cómodo pegarse un tiro, colgarse de un árbol o tirarse de cabeza a un pozo cuando vienen mal dadas y que el Señor disponga. Siempre es a nosotras a las que nos queda penar con las desgracias. Por suerte, mi chico no me salió malo y aquí estamos mal que bien, aunque mi nuera no sea todo lo buena que yo hubiera querido para él, pero al menos le doy gracias a Dios porque no me haya salido puta o algo peor, que de todo hay en la viña del Señor, y al menos tengo un nieto que no es drogadicto ni delincuente. Pero tu santa madre, qué mal lo pasó. La gente cree que se pasó los últimos años con las monjas de la Consolación, pero es que nos daba mucha vergüenza reconocer que la internaron en un manicomio. Hubo una época que se puso insoportable. Se pasaba todo el tiempo en la calle y asaltaba a la gente para decirle gritando: «mi hija es una puta, mi hijo es maricón, mi nieto es negro y mi marido se suicida. ¿Qué soy yo?» Y claro, a la gente no le gustaba escuchar esas cosas porque está muy feo en una respetable mujer de su edad... En fin, no somos nadie Julito, pero al menos tú pudiste salir adelante y encontraste una profesión bien pagá, aunque

para mi gusto un poco golfa...

Entra Javier.

JAVIER. ¿Con quién hablas, abuela?

AURELIA. Aquí tenía unas palabras con mi Julito sobre los caprichos de la vida, que a veces es muy perra.

JAVIER. Supongo que se trataría de un diálogo apasionante.

AURELIA. Cosas de viejos. Por cierto, quería preguntarte algo.

JAVIER. Pregunta.

AURELIA. ¿Tú no serás invertido ni drogadicto?

JAVIER. Que yo sepa no, pero me temo que de eso nunca se está completamente seguro. Pregúntaselo a tu primo, a ver que opina alguien tan docto en el tema.

AURELIA. Desde que ha llegado no hace más que

cantar canciones que no se entienden. A veces se arranca con el relato de alguna de sus aventuras, aunque hasta ahora no ha hablado nada de lo que yo conozco.

JAVIER. ¿Qué estás haciendo? Es la primera vez que no te veo jugando a las cartas, rezando o viendo un culebrón en la televisión.

AURELIA. Tengo que hacer un pañito para colocarlo encima de Julito. Hará que esté más vistoso y podremos colocar la figura de la virgen encima para que pueda contar con su bendición.

JAVIER. Ni con el pañito ni con la virgen vas a conseguir que quede más presentable ese prodigio de la técnica americana. Menuda chapuza han hecho después de gastarse una auténtica fortuna.

AURELIA. Desde luego lo que han hecho con el pobre no tiene perdón de Dios. Mira que meterlo en un sitio en el que no puede rebullirse. Aunque peor hubiera sido tener que aguantar a una momia que die-
ra brincos continuamente.

Entra Luisa.

LUISA. Necesito que alguien me ayude si queréis que la cena esté preparada a su hora.

AURELIA. Yo estoy muy atrasada con mis labores y no puedo perder el tiempo con tonterías.

JAVIER. Y yo tengo mucho que estudiar. Pasado mañana tengo un examen muy importante de cara a mi futuro, ya que la herencia no va a permitirme vivir de las rentas y la moto tendrá que esperar.

LUISA. (Enfadada.) Está bien, hoy nos quedaremos sin cenar. Ya me estoy hartando de ser la chacha de esta casa.

AURELIA. (A Javier.) ¿Qué le pasa a tu madre?

LUISA. ¡Qué no aguanto más! Trabajo todo el día como una negra y no se me reconoce. Si al menos pudiéramos contratar a una asistenta por horas que me ayudara.

AURELIA. Yo creo que le está pasando lo mismo que a la pobre Lucía. A su edad se le metió la locura

en el cuerpo y ya no hubo quién se la sacara. No hay cura posible.

LUISA. Aquí la única loca es usted que no para de fastidiar todo el día para enredarnos a todos.

AURELIA. Como me insultes le digo a mi hijo que se divorcie y te quedas en la calle sin ver ni un duro. Alberto nunca permitiría que una verdulera insultara a su pobre madre.

LUISA. Pues se quedarían solos usted, su hijo y la muerta automática, que con un buen abogado demostraría los malos tratos que se me han dado en esta casa y todo sería para mi Javier y yo solos. (Mira a Javier.) Porque tú te vienes conmigo.

AURELIA. De eso ni hablar. Mi nieto merece algo mejor.

LUISA. Con su madre le basta. No necesita de una abuela que tiene una gran mancha en su pasado.

AURELIA. La única manchá eres tú, so empercudía.

LUISA. Así que fue en la famosa alberca donde pasó todo. ¿Cuénteme cómo lo hizo?

AURELIA. ¡Cállate!

Aurelia pulsa el mando a distancia y se empieza a escuchar la canción «La mantilla de blonda» cantada por una mujer en inglés.

JAVIER. Desde lo de Julito Newman esta es una casa de locos.

LUISA. (Alterada.) No la soporto más. Desde que llegó la muerta se ha convertido en la dueña de la casa y me saca de quicio.

AURELIA. Pues te aguantas, a mi primo y a una servidora nadie nos falta el respeto.

LUISA. Al menos podía bajarle el volumen para que nos pudiéramos entender como personas.

AURELIA. (Baja el volumen con el mando a distancia.) Esta canción me gusta mucho y me trae muy buenos recuerdos de cuando bailábamos en la feria del pueblo.

JAVIER. Esos debían ser los famosos bailes prehistóricos.

LUISA. Donde algunas leonas se desmadraban con sus indefensos primos, y luego pasaba lo que pasaba.

AURELIA. ¿Qué estás insinuando?

LUISA. Una servidora no insinúa. Ya lo dijo el americano en su última carta, que, por cierto, tengo muy bien guardada bajo llave por si alguna vez necesito de ella. No están los tiempos para fiarse de nadie, y menos de una suegra.

AURELIA. Lo que dice es mentira, y se lo inventó el Guasinton para no tener que darme todo el dinero que mi Julito me dejó legalmente.

JAVIER. (Aparte.) Yo me voy a estudiar, que esto se puede poner muy feo. (Sale.)

LUISA. Pues yo le creo. No me extraña que el Julito, después de ser forzado brutalmente por una prima tan horrorosa, decidiera apartarse para siempre de las mujeres. Y me temo que lo mismo le está pa-

sando a su hijo.

AURELIA. A mí nunca me faltaron hombres que me pretendieran, que una es muy mujer, no como otras desgraciadas que ni siquiera sirven para vestir santos.

LUISA. Es cierto que en mi vida solo he estado con el calzonazos de su hijo, pero, hasta ahora, ni se me ha suicidado ni reniega públicamente de las mujeres.

Entra Alberto con el periódico deportivo bajo el brazo. Las dos le miran muy serias.

ALBERTO. Quiero ver el partido en la tele. ¿Es posible que guardéis un poco de silencio?

LUISA. El que faltaba, y encima viene con exigencias, como si el fútbol fuera lo más importante de la vida.

ALBERTO. ¿Qué pasa ahora?

AURELIA. Tú ve el partido, hijo mío, que no pasa nada que no pueda arreglar tu madre.

LUISA. Claro que no pasa nada. Yo me mato a

trabajar para que una vieja borracha se pase el día criticándome mientras su hijo herniado no es capaz de tomar decisiones.

ALBERTO. No sé a cuento de qué vienen esos reproches.

LUISA. A cuento de tú querida tía Julie, la que no quiso ser hombre por culpa de tu santa madre.

ALBERTO. Ese tema ya lo dejamos zanjado.

LUISA. Porque a vosotros os interesa que nada se sepa de ese asunto, pero si tú, en lugar de hacer el canelo, hubieras sabido llevar las negociaciones con el abogado, ahora tendríamos mucho más dinero sin que tuviéramos que aguantar a la muerta por cuatro míseros duros que todavía no han pagado... ¡Cuánto más me quedará por sufrir!

AURELIA. Lo que quiera el Señor. Él siempre pone a prueba a sus fieles, pero a las canallas las condena al infierno.

LUISA. Y a las viejas violadoras las encierra en un

asilo para que paguen sus culpas y se pudran.

AURELIA. (A Alberto.) Ves cómo insulta a tu pobre madre. Sabes que tengo razón cuando te digo que ella es la te ha convertido en un fantoche. La tenías que dejar.

ALBERTO. Aquí nadie va a dejar a nadie. Ninguno tenemos otro lugar mejor adonde ir, y pienso que podemos estar muy contentos con obtener algún dinero gracias a alguien a quien desconocíamos hasta hace muy poco tiempo.

AURELIA. Gracias a mí.

LUISA. Y para que esta avara se quede con unos duros tengo que aguantar a la cabaretera muerta en mi casa durante toda la vida.

AURELIA. (Subiendo el volumen de la música con el mando a distancia.) Pues sí, y a la que le moleste que sufra.

ALBERTO. ¿Puedo sentarme ya a ver el fútbol? Debe estar a punto de empezar y es muy importante.

LUISA. Pues mira por donde he decidido que no vas a ver el partido. Hoy nos arreglamos y vamos al teatro, y después a cenar en un buen restaurante, que ya no me acuerdo de cuando salimos la última vez solos.

ALBERTO. Pero mujer que está la liga en juego. Si quieres podemos organizarlo para salir otro día.

AURELIA. (A Luisa.) Mi Alberto no puede salir estando tan pachucho. Sabes muy bien que tiene que guardar reposo para curarse la hernia.

LUISA. (A Alberto.) ¡Y a mis nervios, qué pasa con mis nervios, a nadie le importa lo que yo siento! Como no hagamos algo con la muerta me muero, te juro que me muero.

AURELIA. Dios te oiga, así nuestra felicidad sería plena. Con dinero y sin nuera, eso sí que sería un milagro. ¡Qué descanso para esta casa!

La música vuelve a sonar con fuerza.

LUISA. (Gritando.) ¡Apague a la muerta de una vez!

AURELIA. Cuando a mí me dé la gana.

Regresa Javier.

JAVIER. Para una vez que quería estudiar no me dejáis con el escándalo que os traéis. Así que he decidido ver en la tele el concierto en directo de Ratas Infectas.

ALBERTO. Ahora no puedes. Voy a ver yo el partido.

LUISA. No, te he dicho que tú te vienes al teatro y a cenar, que tenemos muchas cosas de que hablar a solas.

AURELIA. Aquí nadie habla a mis espaldas.

LUISA. Alberto todavía es mi marido y puedo hablar con él cuando me dé la gana.

AURELIA. (A Alberto.) Ni se te ocurra escucharla que te engaña.

ALBERTO. (Clamando al cielo.) Señor, te pido que seas justo con aquellos que te aman.

JAVIER. (Irónico.) Y también con los que se acuerdan de Santa Bárbara cuando truena.

ALBERTO. ¿Y a ti, quién te da vela en este entierro?

JAVIER. Julito Newman es el que nos ha dado todas las velas de su entierro y encima nos ha regalado la cruz para llevarla a cuestras.

ALBERTO. (Gritando.) ¡Cállate y no blasfemes!

LUISA. No te consiento que le hables así a mi hijo.

ALBERTO. También es mi hijo.

LUISA. Para eso hace falta que tú sepas ser padre.

JAVIER. Y que me dejes ver el concierto en la tele.

Vuelve a escucharse la música.

AURELIA. Con la tensión que me provocáis se me están disparando los nervios. Y se nos ha acabado la tila.

LUISA. ¿La tila? ¿Desde cuándo toma tila?

AURELIA. Desde el horrible día en que te casaste con mi hijo, y me provocas continuos ataques con tu histeria.

LUISA. Cómo si yo no supiera que siempre vacía la taza en el fregadero y luego la llena de mistela. Por eso le dan los ataques de nervios tan a menudo, para seguir siendo una borracha.

AURELIA. Y tú una ladrona, que sé muy bien que engañas a las mujeres con la costura y le quitas el dinero de la cartera a mi hijo.

LUISA. ¿Yo ladrona? Nunca ha habido mujer más honrada. Lo que sí me siento es estafada, por la Julie, por el abogado, por la vieja miserable y por el mentecato de su hijo. (Comienza a llorar.) Una herencia de cientos de millones que se ha quedado en menos de uno y que aún no hemos cobrado.

ALBERTO. En eso no niego que tienes parte de razón, y te aseguro que si yo le pusiera las manos encima al Washington Pérez se le iban a quitar las ganas de estafar a la gente.

LUISA. Tú no tienes coraje para ponerle las manos encima a nadie.

AURELIA. Si al menos nos quedara suficiente para comprarle el mantón a la Virgen.

LUISA. Lo que nos faltaba, ahora salta la carcajal con sus caprichos. Como si no hubiera cosas más importantes que hacer.

AURELIA. Es mi dinero y haré lo que me dé la gana.

JAVIER. Y por eso le ha dado toda la fortuna a Washintoncito, el rey de los mafiosos.

AURELIA. Al menos evitaré que alguna trate de asesinarme por envidia.

LUISA. Lo que hay que escuchar.

Aurelia vuelve a subir con el mando el volumen de la música y Javier aprovecha para sentarse frente a la televisión para ver el concierto.

ALBERTO. (A Javier.) No te he dicho que quería

ver el fútbol.

JAVIER. Ya conoces la regla de esta casa. El primero que coge la tele elige, pero, si quieres, te puedes bajar al bar a verlo.

ALBERTO. (A Luisa.) Si tanto interés tienes, podemos salir al teatro.

LUISA. Ahora lo dices, cuando se han chafado tus planes. Ahora no me apetece a mí, tengo mucha costura atrasada y quiere adelantar el trabajo.

ALBERTO. Déjame al menos la radio para que pueda escuchar el partido.

LUISA. Sí, y yo me quedo sin nada, para una cosa que me hace compañía cuando coso.

AURELIA. Hijo no te preocupes, que ya te compraré una tele para ti solo cuando cobre la herencia. En esta casa son unos desagradecidos que no tienen compasión con los enfermos.

Luisa se sienta junto a la máquina de coser y saca un vestido. Javier ve la televisión. Aurelia hace

ganchillo y maneja el mando a distancia de la muerta. Alberto permanece de pie en medio de la habitación, mirando a los otros sin saber que hacer mientras la luz se apaga lentamente y comienza a escucharse la radio.

LOCUTOR. Llegamos al final de nuestro magazine de fin de semana. Hoy les hemos hablado de esa curiosa estrella del Music-Hall americano que nació en nuestra tierra y que ha muerto recientemente en extrañas circunstancias. Julie Newman, casi desconocida por sus paisanos y aclamada en los casinos de las Vegas, hizo una gran fortuna con sus shows y con su participación en el juego organizado. Al fin y al cabo la vida es juego, unas veces se gana y la mayoría se pierde. Ella ganó en el juego y perdió en la vida, pero por hoy no tenemos tiempo para más. Les dejamos en compañía de nuestro boletín informativo con las noticias más importantes llegadas a nuestra redacción.

Se escucha el pitido de las señales horarias y la luz se apaga.